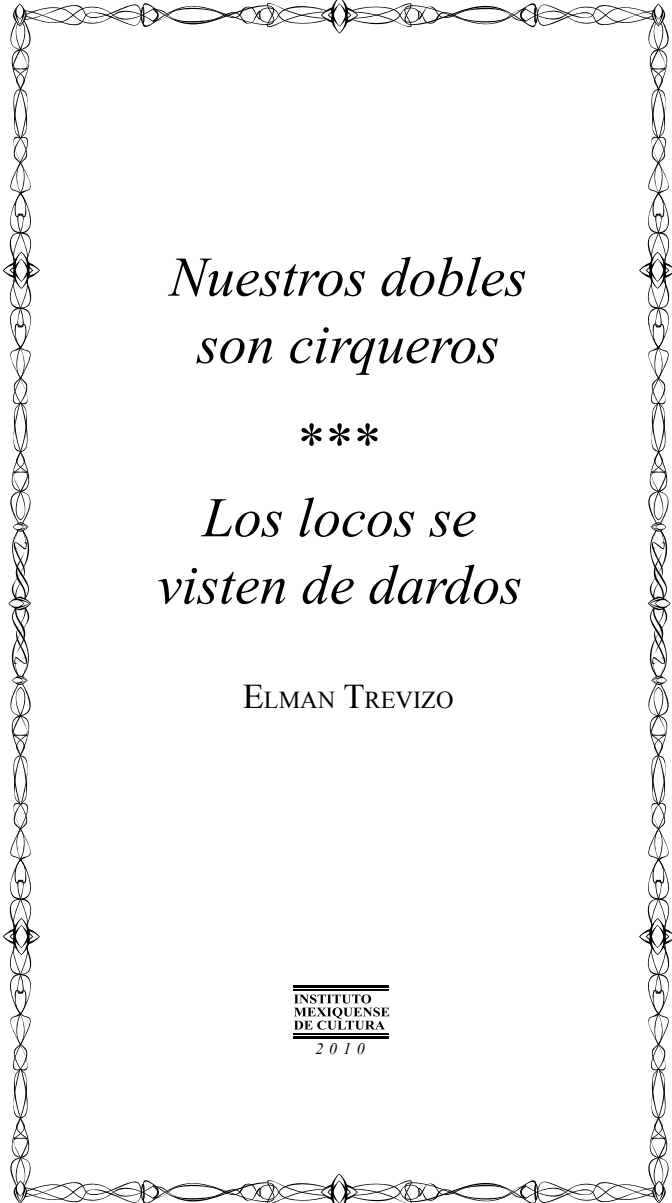


NUESTROS DOBLES SON CIRQUEROS

LOS LOCOS SE VISTEN DE DARDOS

EL ESPEJO  *de Amarilis*



*Nuestros dobles
son cirqueros*

*Los locos se
visten de dardos*

ELMAN TREVIZO

INSTITUTO
MEXIQUENSE
DE CULTURA

2010



GOBIERNO DEL
ESTADO DE MÉXICO

ENRIQUE PEÑA NIETO
Gobernador Constitucional

MARÍA GUADALUPE MONTER FLORES
Secretaria de Educación

AGUSTÍN GASCA PLIEGO
*Director General del Instituto
Mexiquense de Cultura*

GRACIELA GPE. SOTELO CRUZ
Responsable de la publicación

© ELMAN TREVIZO / *Nuestros dobles son cirqueros / Los locos se visten de
dardos* (Convocatoria 2009)
Colección El espejo de Amarilis

Primera edición: IMC, 2009
Segunda edición: IMC / CONACULTA 2010

DR ©Instituto Mexiquense de Cultura
Bulevar Jesús Reyes Heróles 302,
delegación San Buenaventura,
Toluca, Estado de México, C.P. 50110
gemimccs@mail.edomex.gob.mx



ISBN 968-484-331-3 (colección)

ISBN

Autorización del Consejo Editorial
de la Administración Pública Estatal No. CE: 205/1/52/09

Impreso en México
Printed in Mexico

*Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra –incluyendo las
características técnicas, diseño de interiores y portada– por cualquier medio o
procedimiento, comprendidos la reprografía, el tratamiento informático y la grabación,
sin la previa autorización del Instituto Mexiquense de Cultura.*

A

Jorge Guaderrama,

Carlos Luna

y Ricardo González,

amigos,

coleccionistas de dardos demorados.

*A la realidad le gustan las simetrías y
los breves anacronismos.*

JORGE LUIS BORGES, "El Sur".

RADIOGRAFÍA DE LOS DOBLES

¿Existe otra dimensión? ¿Hay otros mundos? ¿Estará en la calle la línea que divide a este mundo conocido con otro que se antoja irreal? ¿Estará en el cuarto que habitamos, en la cajuela de nuestro coche, en el patio de butacas de un circo, en el anfiteatro de una funeraria? Sabemos que está ahí, pero nunca la tocamos. ¿Algún conocido ha viajado allá para traernos una flor, o una torta, o un maletín con miles de dólares?

En estas obras podemos descubrir que existe la posibilidad de otra dimensión y que además tiene la misma contundencia y prestancia física que la silla de nuestro comedor. No lo sabemos a cabalidad, pero por medio del drama, lo podemos descubrir y palpar.

La imaginación transfigurada incluso en un mundo de otra dimensión. Todo está en nuestra mente. La utopía deja de ser sueño por el poder de la palabra, de la elocuente escritura.

Elman Trevizo tiene eso previsto, estudiado y bien armado; y por eso sus personajes están determinados por la coherencia. Sus fronteras existencias nos dejan pasmados. Ellos están ahí, y nos ven, y nos analizan mejor que los psicoanalistas o mejor que nosotros a ellos. Nos ven y nos dicen qué hacemos, quiénes somos, qué buscamos. Como cuando vemos en el microscopio a un pequeño ser, que al sentirse observado por el ojo humano, nos devuelve a nuestra realidad no sólo la evidencia de que uno es pequeño, sino la cons-

tancia de que también estamos siendo observados, en una cadena inagotable y precisa, como el cuerpo interior de un reloj. El observador observado, el analista siendo analizado, diseccionado y presentido. Juego de líneas entreveradas que desnudan nuestra condición.

Elman Trevizo, con su escritura, le da la vuelta al fenómeno teatral para bajar al personaje al horizonte y subir al espectador al tren de la ficción. Rompe la anécdota deliberadamente, sin medida; hace que el interés crezca por conocer aquello que no tiene aparente asidero. Introduce al lector en la fantasía y le permite ir construyéndola en su mente; de igual forma le brinda herramientas que le hagan pensar el absurdo, vivirlo en plenitud.

Los personajes tienen miedo, porque saben quiénes son. ¿Nosotros podemos saberlo también? Sí. Si nos sumergimos en ellos, en su absurda existencia que es también como la nuestra. Realidad, verdad-fantasía y utopía, conviviendo con la joven ironía de este dramaturgo y con la crueldad propia de un niño. Todo alrededor de una calculadora o de una torta roja. Espacio para el delirio éste que, Elman Trevizo, trae a colación, no como un solo retrato, sino como una serie de los mismos que se alternan con los espectadores, rompiendo los límites del escenario, o en este caso del papel.

Al convivir con estos daguerrotipos, el espectador deberá tener cuidado de no terminar color sepia, o dando vueltas malabares. Tendrá que descubrir que, para *ser*, hace falta pintarse de otro color, y viajar al otro lado a donde nunca ha ido, a donde quizá nunca irá, como cuando se obtiene la fotografía azul del alma de un hombre que recién ha muerto.

ANTONIO ZÚÑIGA.

NUESTROS DOBLES SON CIRQUEROS

PERSONAJES

TRAPECISTA – LANZAFUEGO
SEÑOR ORUGA – CALCULADORA HUMANA
DIRECTOR – EDECÁN
MUJER LEONA – LANZACUCHILLOS

Lugar: pista de un circo, con trapecio y una pared blanca.

Uno

La Trapecista sale a regar una planta que está abajo del trapecio. Bosteza y se estira como si acabara de despertar.

SEÑOR ORUGA:

(Entrando, con su cara mucosa) ¿Lista?

TRAPECISTA:

Como una liebre. Como una mona. Soy la heroína, la de los cuentos, el hada. Vuelo. Me emociono. Tardo días en tocar el suelo. Soy Ícara. Dédala.

Sube al trapecio y se cuelga con las piernas. Luego gira y se agarra con las manos. Se balancea. El Señor Oruga permanece abajo, mirando hacia arriba, platicando con la Trapecista.

SEÑOR ORUGA:

¿De quién es la planta?

TRAPECISTA:

Mía. *(Se sienta en el trapecio y saca un pañuelo)* Es el único recuerdo de ellos. Aparte del dinero.

SEÑOR ORUGA:

¿De ellos?

TRAPECISTA:

(Limpiándose la frente con el pañuelo) Sí. Llegaron unos tipos y les dieron cran.

SEÑOR ORUGA:

¿Cuerda? ¿Cómo juguetes viejos?

TRAPECISTA:

No. Cran. Como los carros antiguos. Los mataron para llevarse el dinero. Yo lo vi y me tuve que tapar los ojos. Así.
(Se los tapa con el pañuelo)

SEÑOR ORUGA:

¿Con las dos manos?

TRAPECISTA:

¡Qué importa! Me los tapé y ya ¿No ves que me hace mucho daño recordarlo?

SEÑOR ORUGA:

Perdón. Pero de seguro viste por algún agujerito.

TRAPECISTA:

(Colgada del trapecio empieza a balancearse) Sí. Por un agujerito como el del queso gruyer. Me gusta mucho el queso. Aunque Sor Juana decía que el queso lo vuelve a uno tonta. Acabo de leerlo en el periódico.

El Señor Oruga se rasca la cabeza como si pensara algo muy importante. Ve la planta con detenimiento.

SEÑOR ORUGA:

¡Ah, qué Sor Juana! *(Pausa)* Oye, podrías subir también la planta.

TRAPECISTA:

Una vez la subí y se quiso bajar. Es acrofóbica desde chiquita.

SEÑOR ORUGA:

No me digas que hablas con ella.

TRAPECISTA:

Sí. Cuando estoy triste. Cuando me acuerdo de “ellos” y las veces que me regaña nuestro jefe, el señor Ringo.

SEÑOR ORUGA:

(Suspirando) Me gustas...

TRAPECISTA:

¿Qué?

SEÑOR ORUGA:

Me gustas... Mi elemento favorito es el agua.

TRAPECISTA:

Bruto. No soy agua. *(Silencio. Se balancea en el trapecio. Da una voltereta y cae en el piso con los pies juntos)* Aunque me muevo como si fuera sólo líquido.

SEÑOR ORUGA:

Me encanta cómo riegas la planta.

TRAPECISTA:

¿No te importa que ellos hayan muerto?

SEÑOR ORUGA:

¿Quiénes?

TRAPECISTA:

Mis papás. Les dieron cran.

SEÑOR ORUGA:

¿También eran cirqueros?

TRAPECISTA:

No. Empresarios de teléfonos celulares.

SEÑOR ORUGA:

¿Los mataron juntos?

TRAPECISTA:

Sí. Les dieron cran. Todo por el maletín lleno de dinero.
(*Silencio*) ¿Ya te lo había dicho?

SEÑOR ORUGA:

No me canso de escucharlo. Dímelo otra vez y otra... y otra vez y otra vez.

TRAPECISTA:

No tengo tiempo para decírtelo tantas veces, tengo que ensayar. El director me dijo que debo esforzarme más para poder llegar a tener público. Mira todo esto, vacío. Como un desierto.

SEÑOR ORUGA:

Yo conocí los cardenches en un desierto, aquí cerquita. Junto al cardenche había una alberca de cinco metros de profundidad. Nunca me metí. No sé nadar en el desierto.

TRAPECISTA:

Cuando vuelvas a ir te presto mi regadera, para que riegues el cardenche. Ha de estar triste y sediento.

SEÑOR ORUGA:

Ayúdame a subir al trapecio.

TRAPECISTA:

Nomás cabe uno.

SEÑOR ORUGA:

Arrejúntate. *(Pausa)* Si nos corre el director del circo te vas conmigo.

TRAPECISTA:

(Dudando) Puede ser. Pero iremos a visitar la tumba de ellos. Deben de sentirse solos. Y todo por el dinero.

Se escuchan pasos.

SEÑOR ORUGA:

Me voy. Parece que viene el director.

El Señor Oruga sale. La Trapecista se balancea en el trapecio y da dos giros grandilocuentes. Cae en tierra con los pies juntos, como si se tratara de una gran gimnasta. Entra el Director.

DIRECTOR:

¿Lista?

TRAPECISTA:

(Con énfasis castrense) ¡Como una liebre señor!

DIRECTOR:

Ya veremos. Baja de ahí.

La Trapecista da un giro queriéndose lucir con el Director, pero cae mal y se lastima. Se levanta doliéndose y con la cabeza gacha.

DIRECTOR:

Eres una desilusión. *(Se dirige a la puerta. La Trapecista lo sigue. Salen)*

Dos

La Calculadora Humana, es decir el Señor Oruga, y la Mujer Leona están sentados sobre un taburete. La Calculadora Humana trae una playera donde se puede leer “Hombre Calculadora”. Atrás de ellos está ensayando la Trapecista y el Director la corrige con gesto severo, pues se cae del trapecio repetidas veces.

MUJER LEONA:

Seis de agosto de 1945.

CALCULADORA:

La bomba de Hiroshima.

MUJER LEONA:

16 de mayo de 1999 a las 3 de la tarde.

CALCULADORA:

Tu esposo empacó las cosas y se fue con la gigante del circo.

MUJER LEONA:

A ver si es cierto... ¿Qué va a caer el día de las madres del 2088?

CALCULADORA:

Lunes.

MUJER LEONA:

Exacto. *(Pausa)* Diez, dos, cuatro, nueve, uno, cinco, ocho, ocho, nueve, cinco, cuatro. Repítelo.

CALCULADORA:

¿Nos metemos a la casita?

MUJER LEONA:

Primero repítelo.

CALCULADORA:

Primero la casita.

La Mujer Leona levanta una sábana del suelo y se mete debajo de ésta junto con la Calculadora Humana.

Lo siguiente es en off, mientras vemos a la Trapecista caer una y otra vez. Algunas veces el Director se distrae y voltea para otro lado. En ese justo momento a la Trapecista le salen los giros y las salidas muy bien, pero el Director no se percata de ello.

CALCULADORA:

Diez, dos, cuatro, nueve, uno, cinco, ocho, ocho, nueve, cinco, cuatro.

MUJER LEONA:

Muy bien.

CALCULADORA:

Ahora tú. Haz como leona.

Se escucha un rugido.

CALCULADORA:

Otra vez.

Se escucha otro rugido.

CALCULADORA:

Me gustas.

MUJER LEONA:

Eso mismo le dijiste a la Trapecista.

CALCULADORA:

No fui yo. Fue el Señor Oruga. Me gustan tus ojos, tu no me-
lena, tu forma de preguntarme... tu rugido. Hazlo otra vez.

Se escucha un rugido.

MUJER LEONA:

A mí me gusta que lo sepas todo. ¿Cuánto es cinco por cuatro?

CALCULADORA:

Mmm... No sé.

MUJER LEONA:

Cinco por cinco.

CALCULADORA:

Mmm... tampoco.

MUJER LEONA:

78,888 por 25.

La Calculadora Humana sale debajo de la sábana con los ojos en blanco, como si estuviera en trance.

CALCULADORA:

1, 972, 200.

MUJER LEONA:

¡Muy bien! Mañana empezaré por enseñarte la tabla del cinco. Verás que es muy fácil. Hasta tengo unas canciones infantiles que te pueden ayudar.

Tres

El Señor Oruga ensayando en el trapecio. Sus movimientos son muy torpes. Después de algunos intentos fallidos, baja. Todo lo hace en silencio. Pinta con tiza una línea en el suelo y emula a un equilibrista pasando por la cuerda floja, pero no logra guardar el equilibrio. Saca unas pelotas de su saco y las avienta al aire. Dura como tres segundos sin que se le caigan. El Director entra justo cuando se le caen.

DIRECTOR:

¿Listo?

SEÑOR ORUGA:

Como una oruga.

DIRECTOR:

(Carraspea) ¿En qué día caerá Pascua del 2055?

SEÑOR ORUGA:

No sé. La Calculadora Humana está durmiendo.

DIRECTOR:

¿Y usted quién es? ¡Usurpador!

SEÑOR ORUGA:

Mucho gusto. El Señor Oruga, para servirle. *(Pausa)* Lo logré.

DIRECTOR:

¿Qué?

SEÑOR ORUGA:

Que no se me cayeran las pelotas. Mire.

El Señor Oruga trata de hacer malabares, pero se le caen todas al suelo. Vuelve a intentarlo, pero fracasa.

DIRECTOR:

Mejor sube al trapecio. Inútil.

SEÑOR ORUGA:

No puedo. Lo he intentado, pero no puedo. *(Se arrodi-lla)* No me vaya a correr. Estoy seguro que cuando abra el circo a los niños les va a gustar el Señor Oruga. El inigualable Señor Oruga. O puedo traer a la Calculadora Humana, también él me puede ayudar. Sería una oruga calculadora.

DIRECTOR:

¡Basta! ¡Sube y cállate!

El Señor Oruga se levanta y sube al trapecio. Al principio se muestra inseguro, pero luego se balancea como si hubiera nacido arriba de éste. Hace movimientos arriesgados y finos que dejan pasmado al Director.

DIRECTOR:

¡Diablos! ¿Dónde aprendiste a hacer eso?

SEÑOR ORUGA:

En... en... en Indonesia.

DIRECTOR:

La verdad.

SEÑOR ORUGA:

En China.

DIRECTOR:

La-ver-dad.

SEÑOR ORUGA:

En La merced.

DIRECTOR:

¡Contratado!

SEÑOR ORUGA:

¿Qué? ¿Contratado?

De pura felicidad, el Señor Oruga sigue haciendo arriesgadas piruetas mientras el Director habla.

DIRECTOR:

Sí. Directo al estrellato. Con tu nombre escrito en un tablero de terciopelo a la entrada del circo. Ahí estará todos los días anunciándote. Sólo cuando llueva quitaremos el

tablero y pondremos en su lugar a un niño gritando tu nombre: ¡Pásele! ¡Pásele a ver al Señor Oruga en el trapecio! ¡El hombre que desafía la gravedad! ¡La antimanzana de Newton!

En todo momento el Director no ha despegado la vista del trapecio y del Señor Oruga. El Director ve de repente su reloj y exactamente en ese instante el Señor Oruga cae estrepitosamente.

DIRECTOR:

(Rascándose la cabeza y viendo si el trapecio está roto)
¿Qué pasó?

SEÑOR ORUGA:

(Doliéndose) Hay un problema.

DIRECTOR:

¿Cuál?

SEÑOR ORUGA:

Me da pena. Va a pensar que soy maricón.

DIRECTOR:

¡Ya dilo!

SEÑOR ORUGA:

Es que no estoy seguro si sea eso.

DIRECTOR:

Tenemos poco tiempo. Estamos a tres días del show.

SEÑOR ORUGA:

Es que... al parecer usted necesita estarme viendo para que me salga bien el número.

DIRECTOR:

De haberlo dicho antes... ¿Con los ojos pegados a ti? ¿Así?

SEÑOR ORUGA:

Así, y hasta más. Antes de que usted llegara era más torpe que una foca en un contenedor. Y mientras me vio, todo era fabuloso. (*Suspira*) Usted me gusta...

DIRECTOR:

Yo no le gusto a nadie. No digas eso.

SEÑOR ORUGA:

Usted es lindo. Sus ojos me hacen flotar.

DIRECTOR:

(*Carraspea*) Señor Oruga, guarde su distancia, por favor. Sea tan amable de ser más sensato. A veces es bueno emocionarse, compartir con el mundo nuestra alegría, pero hay que contenerse. Voy a hablarle a la Mujer Leonna, es su turno de demostrarme si puede hacerse amiga del trapecio. Con ganas, con garra... gggghh. Jaja.

El Señor Oruga camina a la salida con la cabeza gacha.

SEÑOR ORUGA:

Si me necesita voy a estar con la Trapecista regando la planta.

DIRECTOR:

Señor Oruga... *(El Señor Oruga voltea de reojo)* Pronto estará debutando. No se preocupe. Vaya a regar la planta y cuénteles sobre su espectáculo. Que la planta le aplauda, lo vitoree. *(Pausa)* ¡Siguiente!

Señor Oruga sale. Entra rugiendo la Mujer Leona, con una sábana cubriéndole parte del rostro. Cubre con ella al Director y se van a la parte de enfrente del lugar.

DIRECTOR: *(OFF)*

¿Crees que sea buena idea lo de este circo?

MUJER LEONA: *(OFF)*

Ella no sospecha. Ya hace mucho tiempo como para que se acuerde de nosotros. *(Los dos salen debajo de la sábana)* Además cuando sucedió se tapó los ojos así. *(Se tapa los ojos)*

DIRECTOR:

Lo tienes que hacer hoy.

MUJER LEONA:

No encontré el maletín. El dinero está abajo del colchón todo desparpajado.

DIRECTOR:

Supongo que lo recogiste.

MUJER LEONA:

Me faltó una bolsa donde cupiera todo y lo dejé ahí hasta conseguir un costal grande. *(Saca unos cuchillos y se los enseña)* Los compré con tu dinero.

DIRECTOR:

Está bien.

Atrás de ellos entran la Calculadora Humana y la Trapecista. La Trapecista sube al trapecio. El Director se pone en la pared blanca del fondo en posición de edecán, mientras la Mujer Leona se convierte en la Lanzacuchillos y empieza a lanzarle las armas afiladas. A veces se escucha el diálogo de ellos y en ocasiones el de la Calculadora Humana y la Trapecista.

TRAPECISTA:

Era mi cumpleaños.

LANZACUCHILLOS:

Debemos de ser certeros.

CALCULADORA:

Soy exacto como una calculadora. Tu cumpleaños cayó en jueves. Estaba lloviendo. Menos cinco grados. Andaba de moda la canción del “Vagón rombo”.

DIRECTOR:

El dinero. Eso es lo que interesa. A esta carpa se la pueden comer los noctámbulos.

LANZACUCHILLOS:
O los sonámbulos.

TRAPECISTA:
Había llevado un gran pastel y un lanzafuego para que alegrara la fiesta.

La Trapecista toma el papel de lanzafuego. Saca de entre sus ropas un mechón y una botella de combustible. Se prepara y tira fuego por la boca hacia todos lados.

CALCULADORA:
¿También a él lo mataron?

DIRECTOR:
Tira más a la izquierda.

Un cuchillo de la Lanzacuchillos le pega a la mujer Trapecista-lanzafuego. Cae al suelo. Luego regresa a ser la Trapecista.

TRAPECISTA:
Sí. También al lanzafuego lo mataron.

LANZACUCHILLOS:
¿A poco te acuerdas cómo los matamos?

TRAPECISTA:
A todos los mataron. Menos a mí. Yo me cubrí así. *(Se tapa los ojos con las manos)*

DIRECTOR:

Sí. Los reventamos como globos de payaso. Hasta al lanza-fuego que ni la debía...

TRAPECISTA:

Ese día mi papá me había dicho en la mañana que me quería mucho, que nunca se iba a apartar de mí... nunca.

LANZACUCHILLOS:

No sé por qué le perdonamos la vida a la escuincla.

TRAPECISTA:

Y no cumplió.

DIRECTOR:

Fue tu idea. Y ni así nos dijo dónde estaba el maletín con el dinero. ¡Órale! ¡Tira más a la derecha! Me diste en el pellejo del muslo.

CALCULADORA:

Está cuidándote siempre. Estoy seguro.

LANZACUCHILLOS:

Si no te gusta vete. ¡Renuncia!

La Trapecista sube al trapecio.

TRAPECISTA:

Eso dicen. Que me cuida. Siempre.

DIRECTOR:

Yo soy el dueño del circo. Haz el trabajo y vámonos.

CALCULADORA:

¿Dónde aprendiste a tirar fuego?

LANZACUCHILLOS:

Ya está listo. Esta noche es el incendio. Y voy a sacar el dinero del colchón.

TRAPECISTA:

Me lo enseñó el trauma.

DIRECTOR:

¿El trauma?

LANZACUCHILLOS:

Yo no dije eso.

DIRECTOR:

Yo no dije eso.

LANZACUCHILLOS:

Yo también lo escuché.

DIRECTOR:

Ssssh.

La Trapecista deja de hacer sus ejercicios. La Lanzacuchillos deja de lanzar.

TRAPECISTA:

¿Escuchaste algo?

CALCULADORA:

Sí. Escuché la palabra “escuché”.

DIRECTOR:

Como que alguien nos vigila.

TRAPECISTA:

El Director ha de estar tramando algo. Siempre me ha parecido sospechoso. ¿Sabes qué? Me recuerda a ellos.

LANZACUCHILLOS:

¿Quiénes?

CALCULADORA:

¿A quiénes?

TRAPECISTA:

A los que llegaron esa noche y me hicieron taparme los ojos con las dos manos. Así. *(Se tapa los ojos)*

DIRECTOR:

El Señor Oruga, la Trapecista, la Tragafuego, la Calculadora Humana, el Equilibrista, la Lanzacuchillos. Incluso a veces siento que tú también me vigilas.

TRAPECISTA:

¿Y si quemamos el circo?

LANZACUCHILLOS:

Yo no te vigilo. Es nuestro plan parecer que no nos conocemos.

DIRECTOR:

Quemar el circo. Eso debemos hacer.

LANZACUCHILLOS:

Ese ha sido el plan desde que llegamos.

TRAPECISTA:

Tengo que sacar el dinero de abajo del colchón.

La Calculadora Humana saca un maletín debajo de la sábana y se lo da a la Trapecista.

CALCULADORA:

El Señor Oruga lo hizo por ti.

DIRECTOR:

¿Traes cuchillos?

TRAPECISTA:

Gracias. ¿Sabes cuánto dinero hay aquí?

LANZACUCHILLOS:

No. Eso lo va a hacer el Señor Oruga. A prenderle fuego, con gasolina y todo.

CALCULADORA:

Un millón doscientos trece mil pesos.

DIRECTOR:

¿Y si nos traiciona? Últimamente lo he visto muy amigo de la Trapecista.

TRAPECISTA:

Olvidaba que eres una calculadora andante.

LANZACUCHILLOS:

Esa es la Calculadora Humana, también conocido como Hombre Calculadora.

TRAPECISTA:

Pensaba que estaba hablando con el Señor Oruga. Pero ahora entiendo... Bueno. Un poco.

DIRECTOR:

Son la misma cosa.

SEÑOR ORUGA y CALCULADORA:

Somos la misma cosa.

LANZACUCHILLOS:

Tienes razón. Ahorita voy por el encendedor.

SEÑOR ORUGA y CALCULADORA:

Los dos encenderemos el circo.

TRAPECISTA:

Pero hay público.

DIRECTOR:

(Voltea a ver con desprecio a la Trapecista y a la Calculadora Humana) ¡Entonces! ¡A trabajar! El público nos espera.

Se escuchan aplausos.

La Lanzacuchillos se pone a lanzar de nuevo sus armas cortantes, mientras el Director le sirve de edecán. Todos hacen algo para agradar al público.

Cuatro

CALCULADORA:

Necesito a una persona del público para hacer mi demostración. A ver, a ver, ¿quién se va a animar?

Se levanta una persona del público. Es el Director.

DIRECTOR:

Yo.

CALCULADORA:

¿Cómo se llama nuestro valiente de esta noche?

DIRECTOR:

Obed Alán.

CALCULADORA:

A ver señor Obed, pregúnteme cualquier cosa que pueda hacer una calculadora o una buena agenda... yo se lo resolveré.

DIRECTOR:

Mmm. Déjeme pensar.

CALCULADORA:
Si pudiera apurarse.

DIRECTOR:
Ya sé. ¿Qué día va a caer el 10 de enero del 2010?

CALCULADORA:
Domingo. *(Se pasea orgulloso por entre el público)* Si no me creen consulten un calendario. Me mocharía una oreja si me equivoco.

El Director saca un calendario de su cartera y lo ve con detenimiento.

DIRECTOR:
¡Sí! Es cierto. ¡Este hombre es una calculadora! ¡Una agenda humana! ¡Increíble!

El público aplaude con euforia. El Director sube al escenario, ahora en su papel de presentador.

DIRECTOR:
A continuación. No lo van a creer. *(Pausa. Suspira con energía)* Les presentaremos un show completo en el que cada uno de los miembros de este honorable circo hará su número como despedida. Ya que emprenderemos una gira por muchos países de Latinoamérica, contratados por una importante compañía circense de fama internacional, cuyo nombre prefiero reservarme. El primero en hacer su número de despedida es el ¡fabuloso, espectacular... fantástico... extraordinario... Seeñooor Oruga!

Sale el Señor Oruga arrastrándose.

DIRECTOR:

En esta ocasión... por primera, y quizá última ocasión, tendremos el gusto de verlo desafiando a la gravedad en el trapecio. Aplaudámosle a este artista del aire. A esta fase larvaria de la mariposa que por fin va a separar los pies del suelo.

Se escuchan aplausos. El Señor Oruga duda, pero opta por darle gusto al público. Sube al trapecio. El Director no le despega la vista, sabiendo que si lo hace, éste caerá al suelo sin tocar baranda. Mientras habla sigue mirándolo.

DIRECTOR:

Ahora entra a esta pista, la mujer que ustedes conocen como la “trapecista astral”. Nos deleitará con su nuevo número de traga y lanzafuego que nos pondrá en la orilla de nuestra butaca y hará que nos comamos las uñas de los pies. *(Pausa)* Véanla, disfrútenla, admírenla.

La Trapecista también duda, pero viendo y sintiendo la euforia del público se emociona y saca de entre sus ropas un mechón y una botella de combustible. Empieza a lanzar fuego. Lo hace como una experta, coordinando sus movimientos con los del Señor Oruga-trapecista.

DIRECTOR:

Y por último... algo que nunca hubieran imaginado. La mujer de aliento fresco y rugido diestro. La encantadora y fabuladora del miedo metafísico. La inigualable ¡Mujer Leona! *(Pausa. Aplausos. Gritos. Porras)* La Mujer Leona, querien-

do corresponder a su atención y preferencia durante toda la temporada que estuvimos en esta ciudad, les trae algo nuevo, ¡grandilocuente! ¡pomposo! ¡solemne! Para esto, será auxiliada por su hermosa edecán, la exótica dama de la noche, de la oscuridad sin fondo: ¡Ringa la Perséfone con cuerpo de huracán!

La Mujer Leona sale con los cuchillos en la mano. Le hace una señal al Director para que se acomode en la pared blanca. Este lo hace sin despegar la vista del Señor Oruga. Todos están en perfecta sincronía deleitando al público con sus espectáculos. La mujer lanza llamas a veces cercanas al trapecio y en otras ocasiones hacia la Edecán Ringa. El Señor Oruga da vueltas espectaculares y salidas perfectas, para luego volver a subir y repetir el acto, cada vez con mayor grado de dificultad. Así dura un rato. Todo como maquinaria de relojería. Hasta que la Lanzacuchillos le da en un brazo al Director—edecán y por el dolor éste cierra los ojos, obviamente dejando de ver al Señor Oruga. Al momento el Señor Oruga cae sobre la Lanzafuego, quien lanza una voluta quemante hacia la parte alta de la carpa y todo se empieza a incendiar. Los pelos crespos de la Mujer Leona se empiezan a chamuscar. El Señor Oruga se duele en el piso. La Trapecista agarra de las greñas al Director—edecán, mientras el fuego lo consume todo. El público aplaude. El humo llena el lugar, y entre la humareda desaparecen los personajes.

Cinco

Mugrosos de la cara, vestidos con overol azul y unas palas en la mano, el Director, la Mujer Leona, el Señor Oruga y la Trapecista, remueven los restos del circo. Todo está calcinado. Aún se ven algunas brasas encendidas y entre ellas sobresale la planta de la Trapecista.

DIRECTOR:

¿Crees que hayan sobrevivido por lo menos los cirqueros?

SEÑOR ORUGA:

Eran muy buenos. Ojalá se hayan salvado.

TRAPECISTA:

(Desenterrando ropa calcinada y viendo con tristeza la planta) Estoy segura que no.

Todos ponen las caras largas y se palpan sus propios cuerpos. En ese momento se desploman.

Oscuro.